

EL OLIMPIC. UNA PLAZA OLVIDADA

Ximena Arnal Franck



Para cualquier habitante paceño que pasea por las calles Otero de la Vega y Nicolás Acosta, dos empinadas cuestas del tradicional barrio de San Pedro, nada de lo que pueda leer en las fachadas de las construcciones que se alinean una al lado de la otra, será motivo de curiosidad o evocará para él algo en particular. Ambas calles atraviesan paralelamente la plaza de San Pedro, una de las plazas populares más agradables que todavía conserva la ciudad de La Paz. La atraviesan flanqueando por un lado a la iglesia del barrio que data del siglo XVIII y por el otro lado al «Panóptico», la cárcel, que de manera incomprensible e insólita, todavía se mantiene en pleno centro de la ciudad.

En la calle Nicolás Acosta, a dos cuadras de la plaza, en el momento en que los transeúntes se van acercando hacia la subida del cerro que trepa hasta las alturas, aparece, a mano izquierda, una fachada bastante singular, perceptible para quien se detiene a mirar con atención. Al medio de la cuadra, rodeada de edificios de diseño mediocre, de casas estilo clase media que han ido reemplazando poco a poco a las tradicionales casas paceñas edificadas a finales del siglo XIX o inicios del XX, aparece una original fachada aunque bastante deteriorada. Su originalidad reside en tener como

entrada, un arco de pequeñas proporciones y escalonado en la cima. (Fig. n.º 29). Por encima de este vano que se abre al borde de la acera como una tímida invitación, como una modesta incitación a atravesarlo, surge un alto muro con unas aperturas semejando ventanas sin vidrios por las que se observa el intenso cielo azul de La Paz.

El visible deterioro del edificio no se diferencia demasiado del conjunto arquitectónico de la zona, el desmoronamiento acentuado parece ser, desgraciadamente, el actual rasgo común de muchos barrios de la ciudad. No obstante, ese alto muro semicircular llama la atención y puede despertar la curiosidad porque sugiere, aunque de forma imprecisa, que lo que se encuentra del otro lado, que la construcción ubicada al interior de ese muro, no es la de una simple vivienda. Sin embargo, nada se puede ver desde el exterior, ningún detalle de lo que pudo ser esa construcción o de lo que todavía probablemente sea, se hace visible desde la calle, la única manera de poder descubrir lo que se encuentra al otro lado del muro, sería ingresando al interior. Al atravesar el arco se pasa a un espacio de dimensiones reducidas, un espacio que podría ser el de un patio delantero. Casi de inmediato, en frente, aparece una pared de pocos metros de largo encima de la cual se alza ese segundo piso como una extensa mampara.

Tiene dos aperturas irregulares a cada extremo. Mirando de frente, a la izquierda, se encuentra un alto portón de madera color rojizo, cerrado. Sus gruesas y pesadas hojas parecen no haberse movido en mucho tiempo. A la derecha, una frágil reja también rojiza deja ver generosamente un angosto callejón que va serpenteando en semicírculo rodean-



Fig. n.º 29.— Los restos de una antigua puerta (Foto cedida por la autora).

do el alto muro. Esa parecería ser la única posibilidad de ingresar para descubrir su interior. Ese angosto callejón protegido por dos largas edificaciones, hace pensar en una de las múltiples callejuelas que pueblan las medinas de varios países mediterráneos. Al igual que en una de ellas, puertas y ventanas aparecen alineadas a una cierta distancia. Son las puertas de calle y las ventanas de las viviendas que ocupan todo el primer piso. El edificio de la izquierda, está construido sobre dos plantas, toda la planta baja parece estar habitada, encima, el alto muro reposa sólidamente. Al recorrer el callejón hasta el fondo, se llega a la frustrante constatación de que no existe ninguna posibilidad de ver lo que se encuentra en el interior. No hay ninguna entrada, no existe ningún pasadizo por donde poder deslizarse para penetrar hasta el otro lado, ninguna brecha ni fisura que permita descubrir lo que se encuentra detrás de la pared. Las puertas de las viviendas permanecen cerradas y las ventanas están protegidas por gruesas cortinas. Las únicas aperturas continúan estando ahí, en lo alto, como ojos mirando al vacío a través de los cuales se recorta el azul intenso del cielo panceño.

Subiendo por la otra calle, la paralela Otero de la Vega, al llegar más o menos a la misma altura, el caminante sensible y atento se encontrará con una cuadra bordeada de frondosos y verdes árboles. Un paisaje urbano de esas características es bastante inusual en esta parte de la ciudad y muy probablemente esa cuadra sea la única con esos atributos en toda la zona. La sensación de agradable sorpresa que posiblemente resienta el caminante al detenerse en esa cuadra, será amplificada y ampliada al experimentar la ambivalente impresión de un sincero entusiasmo y una leve melancolía

por algo que pudo ser el barrio de San Pedro y que sin embargo no es y seguramente nunca será.

Un paisaje urbano de esas características, podría incluso ser capaz de evocar o de recordar a esa persona (aunque él no hubiera estado presente) otros tiempos, un tiempo pasado cuando ese lugar era todavía campo, era todavía terreno baldío, cuando toda esa zona de la ciudad no había sido completamente urbanizada, hasta las primeras décadas del siglo pasado. Esa percepción casi nostálgico no se debe únicamente a encontrarse frente a ese paisaje tan inusual en una ciudad como ésta, inmensamente árida, sino también, porque al subir la cuesta, a mano derecha aparece una ancha y relativamente alta pared edificada en adobe que se extiende por varios metros de largo, protegiendo como si se tratara de un cerco, una construcción de considerables dimensiones en el interior. Todo ese conjunto de colores ocres y de textura terrosa hace pensar en una finca, en una hacienda del campo, algo así como una masada que, por una incomprensible razón, todavía se mantuviera en el centro de la ciudad. Entonces, por el espacio de los metros que se extiende esa gruesa pared, por la duración de los minutos que tardarán los pasos del caminante en recorrer esa distancia, éste podrá tener la privilegiada posibilidad de experimentar, podrá tener la inequívoca posibilidad de presentir, aunque brevemente, la unión, el encuentro del tiempo y el espacio. Esta sería la parte posterior, la parte trasera del alto muro con ventanas vacías que ocultaba caprichosamente su interior desde la otra calle.

No obstante, poco se puede ver también desde este lado. Apenas es posible percibir, por encima del cerco, lo que

parecerían ser las cimas de varios edificios, como torres en ruinas de una edificación fragmentada, dividida, que confirma la impresión de que todo ese conjunto no tuvo el destino de ser un simple inmueble de viviendas dentro de la ciudad. Pero habrá que continuar subiendo pacientemente la cuesta, hasta encontrarse con un portón de calamina sobre el cual está inscrito un letrero que anuncia «Clínica del automóvil San Roque», para poder ver, esta vez sin obstrucciones, una buena parte de esas ruinas que asoman furtivamente. El portón de calamina abierto deja ver un amplio patio ocupado por un buen número de autos de distinto tamaño, marca y color, esperando ser reparados.

Detrás, aparecen descubiertas las formas del esqueleto de una construcción de varios cuerpos. Son las formas desnudas de varios edificios que muestran su abandono y su desuso de manera descarnada, impúdica, casi dramática. Si bien no es fácil adivinar la función que ese conjunto cumplía, la presencia solitaria de largos tablones al interior de los edificios, puede remitir su existencia al servicio del espectáculo. Parecería que se tratara de un teatro o de un anfiteatro antiguo en proceso de total desmoronamiento del cual únicamente la estructura se mantendría inexplicablemente en pie. El conjunto así abandonado, podría hacer pensar en un complejo arqueológico de ruinas antiguas, vestigios, restos de alguna cultura del mundo precolombino, como lo señaló el periodista y empresario José Luis Corujo en un artículo publicado en La Paz a fines de los años setenta: «... como una ruina precolombina, como Machupichu o como Tiahuanaco» (Fig. n.º 30). Pero no existen ruinas precolombinas en el centro de la ciudad y los trazos y las formas de su edificación son relativamente

modernas, parecen datar de hace pocos años, a lo sumo unas cuantas décadas. ¿De qué se trata entonces esa construcción de edificaciones irregulares? ¿Cuál era el verdadero destino de ese recinto sobre el cual no existe ninguna información?

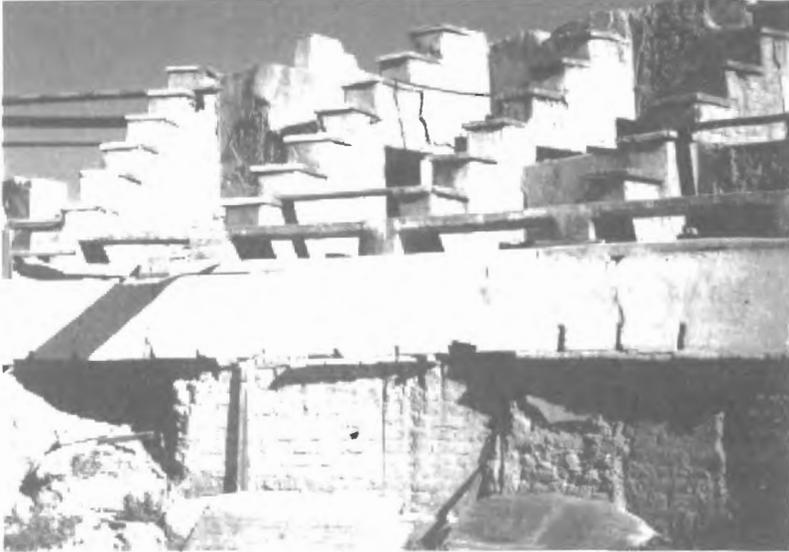


Fig. n.º 30.— Tendidos rotos (Foto cedida por la autora).

Ningún rótulo nos habla de esos restos abandonados. Ninguna placa conmemora su pasado. Únicamente el pobre letrero anunciando los servicios del garaje hace ver aún más desolado el edificio en su abandono. Sin embargo, algunas personas de esta ciudad todavía saben, algunas personas en esta ciudad todavía recuerdan que ese lugar terroso, que ese lugar abandonado, ubicado entre esas dos calles empinadas, con sus restos que se desmoronan detrás

de los muros de adobe, guardan a la que fue la plaza de toros más importante de la ciudad de La Paz. La plaza de *El Olympic* (Fig. n.º 31). La plaza *El Olympic*, fue construida por la familia Palazuelos hacia principios del siglo pasado. Esta familia mestiza, tenía ascendencia española y Néstor Palazuelos mantenía frecuente contacto con España recibiendo periódicamente el diario *ABC* de Madrid, lo cual le permitía seguir, a distancia, la actividad taurina en España. Los Palazuelos por entonces, vivían en una casa ubicada en el barrio norte de La Paz, en los alrededores de la plaza principal, la plaza Murillo. En los inicios del siglo XX, La Paz se asemejaba más a un villorrio que a una ciudad y esa zona central, que llegaba bajando hasta la alameda de la ciudad, una planicie central llamada El Prado, y que aún hoy cumple esa función, era la única zona urbanizada de la ciudad. Las laderas de los cerros que rodean el profundo valle donde se encuentra la ciudad, eran en ese tiempo, espacios todavía ligados al campo, vinculados a las actividades rurales y agrícolas y muy poco urbanizados. Por esa época, la señora Palazuelos comenzó a tener problemas de salud y la familia se vio obligada a bajar hacia el sur, unos cuantos metros hacia el valle, lo que significaba, al menos unos doscientos metros menos de altura y un clima algo más clemente, Al parecer, eran propietarios de unos terrenos en la zona de San Pedro ubicados más o menos a la mitad de uno de los cerros que suben hasta la planicie del altiplano. Por ese entonces, aparte de la, plaza, de la iglesia y de unas cuantas casas alrededor, lo único que se veía por San Pedro, eran tierras con sembradíos diversos como una continuación del campo.



Fig. n.º 31.— Una fotografía antigua de *La Paz*, en la que se destaca la ubicación de la Plaza de Toros (Foto cedida por la autora).

La familia decidió instalarse en unos maizales de su propiedad. Al comenzar con la edificación de su casa, don Néstor Palazuelos tuvo la extravagante idea de construir un ruedo con la voluntad de convertirlo en una plaza de toros. Decidió construirlo en el centro del terreno, casi como si se tratara del patio central de su casa. Y al parecer, no sólo la casa se construyó alrededor del ruedo, sino que esa misma idea fue la que reguló el urbanismo de esa parte del barrio de San Pedro y al pasar los años, otras casas se fueron construyendo alrededor, otras viviendas se fueron sumando, adhiriéndose, pegándose a sus muros, aglutinándose alrededor de sus paredes, dando como resultado el abigarrado conjunto urbanístico que existe hoy en día.

La plaza se fue levantando lentamente y, adobe tras adobe fue adquiriendo el aspecto de una pequeña plaza de toros. Sin embargo, en un principio, las cosas no estaban tan definidas, y este ruedo sirvió también para actividades deportivas, en particular partidos de fútbol. En 1912 fue la inauguración oficial de la plaza que todavía no había adquirido su fisonomía definitiva, —varios trabajos se sucederán hasta los años cuarenta, cincuenta, cuando finalmente logrará acercarse ligeramente a la plaza que había elegido como modelo—, para dicha inauguración se necesitaba un nombre. Por ese tiempo todavía estaba muy vivo el entusiasmo despertado por el reinicio de los Juegos Olímpicos organizados desde 1896 por Pierre de Coubertin, la familia Palazuelos que poseía una verdadera afición por este tipo de eventos, decidió bautizarla con el nombre de *El Olímpic*.

Para la inauguración llegaron prestigiosos toreros desde España, Colombia y Perú, así como buenos toros de

lidia. El acontecimiento dio lugar a este comentario de la prensa de la época: «Llegaron los toreros más diestros, y los toros más hermosos a La Paz, para estar más cerca del cielo». Alusión a la gran altura de la ciudad, 3.660 metros sobre el nivel del mar. Seguramente *El Olimpic* fue una de las plazas más altas del mundo, aunque, no fue la única plaza de toros que tuvo la ciudad de La Paz (Fig. n.º 32). Ya, en esa época, existía otra plaza, bastante más antigua, que mantenía regularmente una actividad taurina. Poco se sabe del destino final de esta plaza de la que no queda ningún vestigio. La ciudad de La Paz, es una ciudad que va borrando las huellas de su pasado ante la indiferencia absoluta de sus habitantes. Sólo unas cuantas fotos conservadas en el archivo fotográfico Cordero, uno de los más importantes y más completos de Bolivia, y alguno que otro artículo han sobrevivido hasta nuestros días. Tal es el caso de un artículo publicado el 17 de mayo de 1908 por el Diario de Comercio:

«Hoy se efectuará la corrida de Gala en Honor del Dr. Guachalla y a juzgar por el entusiasmo que se nota, la corrida de toros que se dará en el redondel de Santa Bárbara promete el record de las lidias efectuadas hasta hoy y ser un verdadero suceso taurino tanto por la buena calidad del ganado que se lidiará como por lo selecto de la concurrencia. Baste decir que los 30 palcos con que cuenta la Plaza serán ocupados por las distinguidas familias siguientes: Presidente Ismael Montes, el homenajeado Dr. Fernando *Guachalla*, ...».

Nada dice sobre los toreros que lidiarían esa tarde, pero el dato reseñado por ese diario resulta una anécdota interesante en la historia boliviana, ya que el homenajeado y recién electo nuevo presidente de la República Fernando *Guachalla*, no era nada apreciado por su antecesor Montes, ambos del

mismo partido Liberal, La relación entre ambas personalidades empeoraba día a día poniendo en riesgo la pacífica y siempre frágil continuación democrática. Será la muerte, súbita de *Guachalla* acaecida el 24 de julio, apenas dos meses después de la corrida reseñada, la que se encargará de resolver, aunque dramáticamente, el conflicto.

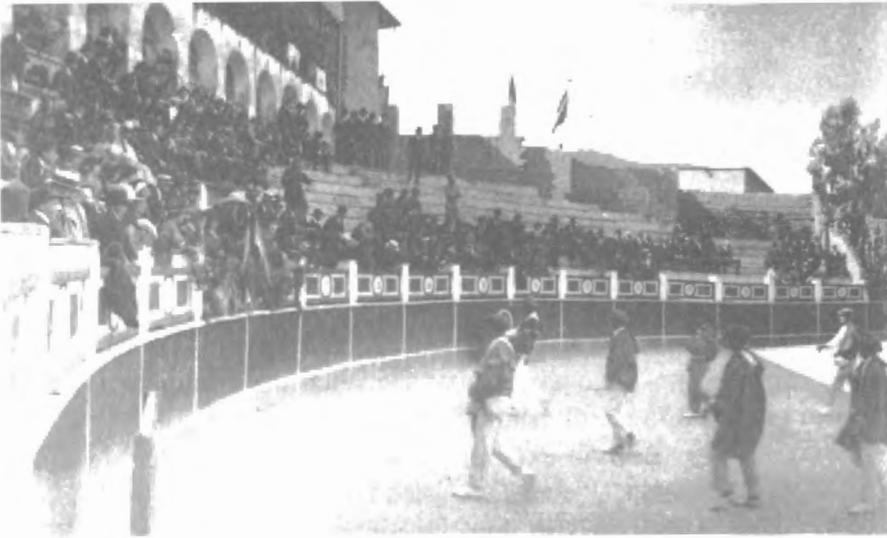
Para los bolivianos hoy en día, puede parecer sorprendente una celebración de ese tipo ya que las corridas públicas de toros tipo español, —se mantienen algunas novilladas privadas y encierros criollos sobre todo en pueblos del altiplano—, han dejado de existir en La Paz y en las otras ciudades del país al no subsistir ninguna plaza de toros vigente. Lo interesante también de ese dato, es darse cuenta de la importancia que tenían las corridas de toros en esa época. El hecho de elegir como celebración del triunfo del nuevo presidente pocos días después de su elección —la elección fue el 4 de mayo— una corrida de toros, quiere decir que éstas no sólo eran frecuentes, sino muy bien consideradas.

De la misma manera que no se sabe nada de lo que sucedió con el ruedo de Santa Bárbara, tampoco se sabe nada de sus orígenes, probablemente se la construyó cuando Bolivia todavía formaba parte del virreinato del Perú, antes del siglo XIX cuando los ruedos y las plazas eran habituales en ciudades y pueblos de la región. Es posible también que esa plaza haya continuado activa hasta los primeros años de la existencia del *Olimpic* para ser luego destronada por ésta última. A partir de los años veinte, *El Olimpic* quedará como la única plaza de toros de La Paz y será a partir de la década de los treinta hasta los sesenta, cuando gozará de mayor prestigio. No obstante, su actividad taurina se fue extendiendo hasta

finales de los años setenta aunque las corridas se hicieron cada vez más esporádicas (Fig. n.º 33).

A pesar de haber sido siempre una plaza marginal dentro del contexto internacional de la afición taurina, *El Olímpic* tuvo, en su momento de gloria, más de un acontecimiento que la hicieron memorable para los aficionados y no únicamente por algunas tardes inolvidables, donde la presencia de varios toreros peruanos, colombianos, mexicanos e incluso españoles de cierto renombre, que hacían un alto en esa plaza, dieron al público paceño verdaderas muestras de arte en los espectáculos taurinos, sino por algunas anécdotas que continúan vivas en la memoria de los asiduos a las tardes de corrida.

En Bolivia existieron muy pocos toreros profesionales, Miguel Cervantes y Carlos Duchén, fueron dos de ellos, pero' nunca existió una ganadería de toros de casta. Casi todos los toreros que pasaron por El Olímpic venían de fuera y se encontraban, muchas veces, haciendo una parada en sus giras por Sudamérica. Tal fue el caso del español Manuel Rapella Bienvenida, retirado ya cuando hizo una escala en La Paz con su familia en los años veinte. Sus hijos Manolito y Pepe, considerados menores para lidiar en público por la ley española, se iniciaron lidiando novillones en *El Olímpic*. También pasó por ahí, otro español, Manolo Martínez, *el tigre de Ruzafa*, acompañado por el sevillano Guillermo Martín, más conocido como banderillero de Antonio Márquez y Cagancho, que como matador de toros. Más tarde llegaron los peruanos Guillermo Rodríguez *el Sargento*, Adolfo Rojas *El Nene* y Santa Cruz; los mexicanos Eduardo Solís, Arturo Álvarez Vizcaino y *El Calesero* y los españoles Cayetano Palomino, Juan Doblado, Juanito



Figs. n. 32 y 33.— Dos momentos distintos de una corrida de





foto
Londena

la plaza de toros *El Olimpico* (Fotos cedidas por la autora).

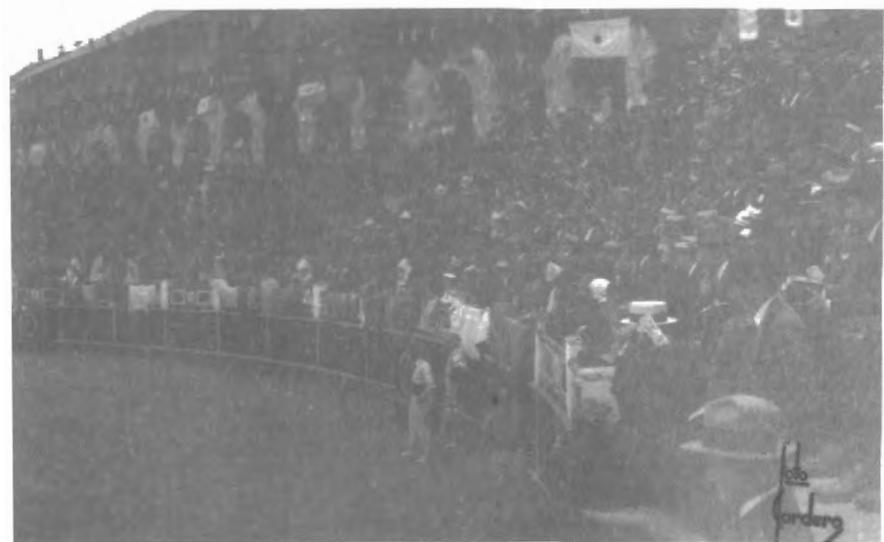


foto
Londena

Paez, Rafael González *Machaquito*, Lorenzo Pascual *Belmonteño* y Luis Mata entre otros. Por el año 47 toreó en *El Olympic* la torera Juanita Cruz que llevaba como peón al veterano matador madrileño José Pastor. También pasó por esa plaza el toreador peruano Alejandro Montañi; después de haber acompañado en su recorrido sudamericano a los ya célebres Manolete y Carlos Arruza. Pero seguramente fue Rafael González, *Machaquito*, quien se convirtió en el torero más ilustre del toreo boliviano. *Machaquito* realizó varias temporadas en esa plaza llegándose a quedar a vivir en la ciudad de La Paz a partir de los sesenta después de casarse con una boliviana, María Teresa Alemán.

En una tarde de agosto de 1944, cuando *Machaquito* se disponía a debutar en Madrid en una corrida de gran cartel junto a *Parrita* y *El Choni*, recibió una terrible y peligrosísima cornada que lo dejó al borde de la muerte. Tan mato era su estado que, en la enfermería de la plaza, un sacerdote le impartió el sacramento de la Extremaunción. *Machaquito*, que a pasar de su juventud, para entonces ya había recorrido varias plazas españolas mostrando con éxito su valor y su arte, se recuperará de la herida pero quedará lejos del toreo por un año. A partir de la cornada, las cosas se le complican en España y decide tentar suerte en América. Tendrá muy buena acogida en el Nuevo Continente y llegará a torear en las plazas más importantes de varios países americanos. Llegó a La Paz en 1952 lidiando con gran éxito la temporada taurina. Vuelve por segunda vez en 1968 y en una tarde de corrida conoce a la que se convertiría en su mujer «yo le eché el capote de paseo y de ahí vino toda la cosa, me casé y me quedé aquí», cuenta Rafael González.

Machaquito fue muy apreciado por el público aficionado que asistía a las tardes de corrida de *El Olímpic*. Ahí cortó orejas, rabos y hasta se dice que una tarde, en un mano a mano con Belmonteño, después de cortar orejas y rabo, se le concedió la única pata de la historia de El Olímpic. Tarde memorable que José Luis Corujo plasmó con un titular en su crónica taurina del periódico *La Razón* «*Machaquito* superó a *Machaquito*». Fue levantado y paseado en hombros varias veces por sus admiradores no sólo en el ruedo, sino a través de las empinadas cuestas que conducen hasta la misma plaza de San Pedro. *Machaquito* falleció en La Paz, retirado ya desde hacía varios años del toreo y dedicado a la Numismática.

Pero *Machaquito* no sería el único en haber transitado desde la plaza de *El Olímpic* hasta la plaza de San Pedro de manera poco convencional. Por ese tiempo, llegó del Perú el empresario y aficionado taurino Felipe Moscoso, decidido a dar a esa plaza y a la afición paceña y toros de casta traídos desde Arequipa (Perú). Hasta entonces, los toros lidiados en las tardes de corrida venían de Palca, un valle cercano a la ciudad de La Paz, donde al parecer se encontraban los más grandes y más bravos que existían en los alrededores de la ciudad, pero no eran para nada toros de sangre de lidia. Posiblemente por esa razón, muy pocas veces se picaron a los toros en *El Olímpic*. Y no únicamente porque la afición paceña era particularmente reacia a ese tipo de suerte sino porque la raza y la altura hacían lo suyo y los toros eran bastante más aplacados que sus parientes de lidia. Las veces que no estaban presentes los caballos en la corrida, los toros muertos debían ser sacados del ruedo por un «jeep» lo que hacía algo más singular y quizás menos noble el final de la lidia.

Moscoso entonces, decidido a mejorar la calidad de las corridas, trajo la primera importación de toros de raza que fue lidiada por tres aventureros en las artes de torear que venían desde Buenos Aires con la voluntad de llegar hasta la renombrada plaza de Lima. Se trataba de Raúl Ochoa Rovira, un andaluz apodado El Niño de Rosales y un tercero del cual no se conserva rastro de su nombre. Al parecer era la primera vez que los tres aprendices de torero se enfrentaban a un toro de verdad. No lograron hacer nada con los animales que después de desafortunados intentos de capeo fueron devueltos vivos al corral. Se armó un sonado escándalo y la afición defraudada y encolerizada hizo que los tres impostores, junto con el empresario, fueran a parar a un calabozo de la muy próxima cárcel de San Pedro. Años más tarde, Rovira se hará torero en Lima y será luego considerado, tanto en España como en América, como uno de los toreros más cotizados de su época.

Moscoso, al igual que José Luis Cornujo y Eduardo Berdeguez, por no citar que los tres, fue un importante y dinámico empresario, pero también uno de los más originales y pintorescos. Pasó varias temporadas en la cárcel de San Pedro de donde al parecer, salía durante el día acompañado por una escolta, cruzaba la plaza, subía la calle Nicolás Acosta hasta *El Olimpic* para asistir a las corridas que él mismo organizaba y regresaba luego a dormir en su celda. Fue un período inestable donde se sucedieron quiebras y auges económicos pero que dieron mucha vida a El Olimpie y a la afición taurina boliviana.

Después de eso lentamente llegó el ocaso hasta la total desaparición de las corridas en La Paz. Las pocas fiestas taurinas que se mantienen en La Paz se realizan de forma privada

con novilladas organizadas por los miembros del todavía vigente Centro Taurino Boliviano en el redondel de un cortijo propiedad de uno de los socios, situado en las afueras de la ciudad. Estas reuniones esporádicas permiten a sus miembros continuar con su afición, rememorar con nostalgia tardes glo-

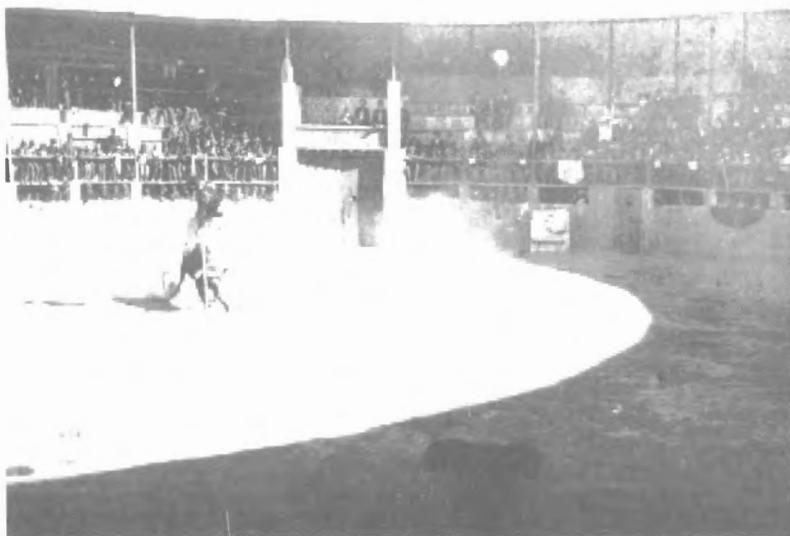


Fig. n.º 34.— *Equilibrista* (Foto cedida por la autora).

riosas y soñar con el posible milagro de la reapertura de *El Olympic*. También están las corridas realizadas en el campo, en particular en el altiplano, región campesina aymara, donde se mantienen las celebraciones de corridas aunque se trate más de corridas tipo camargués que de corridas españolas. Muchas de las fiestas patronales o de aniversario de los pueblos, son cele-

bradas con encierros criollos donde el toro lleva amarrado, entre los cuernos, un aguayo con monedas y billetes; el campesino más aguerrido se hará con el pequeño botín. El toro en esta región, al igual que en otros países andinos, nunca es castrado y se ha convertido en un fetiche que representa la fertilidad en los amuletos y la protección contra posibles agresiones y peligros cuando es colocado sobre el techo de las casas. El toro en el paisaje y la vida del altiplano boliviano es tan característico y esencial como lo es la llama. Pero por desgracia, este toro criollo, noble pero de poca bravura no pudo salvar las corridas, y la afición y la fiesta taurina bolivianas han ido desapareciendo lentamente. Quizás lo que hubiera podido salvarlas de su desaparición habría sido la creación de una ganadería de casta en el país, proyecto que nunca se llegó a concretar, puesto que la importación de toros bravos desde el Perú complica y encarece excesivamente las corridas, desanimando a todo posible empresario inversionista. Este fue uno de los elementos decisivos en el abandono de las corridas y la consecuente decadencia de *El Olímpic* que antes de colapsar definitivamente intentó, en los años setenta, ofrecer su espacio a otras actividades deportivas como el boxeo o el catch, pero la creación de un moderno polifuncional en la ciudad le quitó también esta posibilidad de sobrevivencia (Fig. n.º 34).

Ahí queda pues *El Olímpic*, desmoronándose día a día, esperando con resignación lo que siempre ocurre en esta ciudad, su destrucción definitiva. Los miembros de la familia han puesto el terreno en venta pero al parecer los interesados tardan en llegar y nadie pretende hacerse cargo de su restauración. Mientras tanto, solamente Pedro Cavanillas, novillero peruano casado con una de las herederas de la familia

Palazuelos y habitante de una de las viviendas que se alinean en el callejón que bordea el ruedo, mantiene sorprendentemente una labor solitaria. Una escuela de toreo de salón donde alguno que otro joven excéntrico y fantasioso quiere todavía debutar en el arte del toreo en una ciudad sin plazas y sin toros. Cavanillas entonces, pacientemente, arma su carretilla sobre la que coloca las astas de un toro y entrega una capa al alumno para luego emprender una particular danza en medio del terroso ruedo de la plaza desierta. Ante las pocas graderías que aún quedan en pie, ante los tablones raídos, ante los palcos herrumbrados, de la que fuera una pequeña y atrevida plaza de toros que tenía como modelo a la más grande e importancia plaza del toreo mundial. Cavanillas comienza así la simulación de la lidia, con una cadencia lenta en los ademanes precisos, con un ritmo pausado en los movimientos exactos de su interpretación de la faena. Baile surrealista en medio de las ruinas de la plaza que quiso imitar en su concepción, en su diseño y estilo, nada menos que a la Maestranza de Sevilla. Cavanillas recorre parsimoniosamente por largos minutos el ruedo de esa plaza olvidada que ofreció en un tiempo verdaderas tardes de 'da, que acogió en una época a expertos toreros que desataron intensas emociones corra entre los aficionados. Se empeña, se obstina, piensa que es posible todavía, que las suertes no están definitivamente echadas, que los jóvenes quizás... Ahí en el medio de la nada, corno fuera del tiempo, desinteresado de todo lo que no tenga que ver con el capeo, en ese hoyo polvoriento, en ese hueco que recuerda extrañamente la topografía misma de la ciudad de La Paz, entre el muro de adobe y el arco escalonado, entre las empinadas cuestas Nicolás Acosta y Otero de la Vega,

frente y espalda, sol y sombra respectivamente, una o dos veces por semana, vestido todo de negro, elegante en su silueta de torero parco, austero

